

LECTURA DE UNA EXPERIENCIA GRUPAL EN LA CLÍNICA DEL ALCOHOLISMO DESDE EL ROL DE OBSERVADOR.

Lucas Ignacio Marcocci.

Cita:

Lucas Ignacio Marcocci (2024). *LECTURA DE UNA EXPERIENCIA GRUPAL EN LA CLÍNICA DEL ALCOHOLISMO DESDE EL ROL DE OBSERVADOR. Jornadas PENSARNOS CON ESTADO. Encuentros, Estrategias e Invenciones en el Hospital Público. C.S.M. N° 3 “Dr. Arturo Ameghino”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/lucas.ignacio.marcocci/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pp0V/6Qc>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

LECTURA DE UNA EXPERIENCIA GRUPAL EN LA CLÍNICA DEL ALCOHOLISMO DESDE EL ROL DE OBSERVADOR

Autor: Lucas Marcocci

Introducción

En el presente escrito se realizará una lectura conceptual acerca de una experiencia como observador en los dispositivos grupales del servicio de alcoholismo de la institución. Para llevar a cabo dicha tarea se acudirá a los conceptos de la psicología social pichoniana y del psicoanálisis, teniendo como base las particularidades que presenta la clínica del alcoholismo y las toxicomanías y la función del grupo cuando estos son homogéneos, el trabajo centrado en el síntoma o la problemática (Ravenna Selvatici, M., 2019).

En el marco del dispositivo de admisión grupal en el servicio de alcoholismo y en el dispositivo de grupo terapéutico de alcoholismo –nacido este en 2016 (Grandinetti, F., 2021)-, dispositivo interequipo, coordinado por las profesionales Lic. Florencia Grindetti y Lic. Cecilia Carné, durante el año 2022 y 2023 se llevaron a cabo observaciones grupales (participantes y no participantes, correspondientemente) dentro del marco del proceso formativo de la concurrencia de psicología clínica en dichos servicios, al tiempo que se realizaba un taller interequipos de lecturas y formación en teoría y técnica de grupos y consumos problemáticos, tanto para concurrentes como para profesionales de planta de ambos equipos.

La observación

La observación como herramienta dentro del campo de la psicología y el psicoanálisis nace simultáneamente al surgimiento de estas disciplinas, no sin heredarla de las ciencias y/o prácticas que le dieron sus bases y precedentes, como las ciencias naturales, por ejemplo. Respecto al psicoanálisis, en varios de los textos de Freud se resalta la utilización de la observación como herramienta en la terapéutica. Con solo pensar en la expresión de horror del Hombre de las Ratitas (1909) respecto al goce ignorado por él mismo o el portamonedas y la caja de fósforos en Dora (1905), o mismo el Fort-Da en Más allá del principio del placer (1920), tenemos muestras claras de la importancia de la observación para el trabajo

clínico y teórico en el psicoanálisis desde sus albores. Más tarde, las distintas escuelas grupalistas han desarrollado la teoría y técnica de grupos alrededor de la observación: lo no verbal, el lenguaje corporal, gestos, distribución espacial de participantes, ausencias, objetos en la escena grupal, sonidos, clima y ambiente grupal, etc.

Respecto a la observación no participante, Enrique Pichón-Rivière (1969) en el trabajo con grupos operativos resalta el papel de esta, brindándole un lugar de particular importancia, tanto para la formación del psicólogo social como para el trabajo en el equipo de coordinación de estos grupos. Entre sus tareas in situ en el grupo constan la del registro escrito (en lo posible, exhaustivo, pero no indispensable) de lo verbal, el diálogo, y lo conductual no verbal, anotar interpretaciones o asociaciones que le vayan surgiendo al observador, así como las intervenciones de la coordinación; también el registro y la contemplación de los distintos momentos del encuentro grupal y el papel en la posterior discusión en el equipo acerca de lo acontecido en la dinámica grupal.

En cuanto a la definición de diccionario de observar, esta es, simplemente, examinar atentamente. Sin embargo, para lo que nos concierne, resulta corto. Niklas Lukemann (1991), a colación del estudio de estructuras latentes en fenómenos sociológicos, sostiene que la observación requiere de la discriminación y la distinción, dos momentos del proceso, que implican un inobservable por la elección de un lado, y la no elección de otro. En suma, son significantes a recortar dentro de una escena (dejando de lado otros), textos a partir de enunciados verbales o a partir de lo discursivo no verbal. El asunto de esta cuestión es pensar qué significantes son menester de discriminar y distinguir dentro de una trama grupal y de esta clínica particular; a saber: aquellos que indiquen relación al síntoma o la problemática, la relación entre afecto y discurso, aquellos que sean signos de goce -teniendo en cuenta que ello será desde la subjetividad del observador, por tanto, será, en parte, aquello que la movilice-. En este marco, la mirada y la escucha como herramientas son primordiales en el trabajo de observación: mediante estos se posibilitará la elección de elementos, la discriminación de elementos observados dentro de una gama, y la distinción de alguno de estos que ya indicaban algo, para poder, así, realizar una lectura sobre la experiencia vivida. Asimismo, no se pueden soslayar en

su estatuto de objeto y su dimensión significativa, ya que ambas juegan fuertemente en la interacción entre miembros de un grupo, en la dinámica de estos.

Dentro de la propuesta de la observación no estaba prescripto realizar las actividades descritas arriba de registro, tampoco se trataba del mismo dispositivo ni de uno similar; así también, la teoría acerca de lo grupal se ha complejizado; sin embargo, el registro escrito, tomar nota, en los encuentros del grupo de admisión era indispensable y en cuanto a las sesiones de grupo terapéutico, podría resultar de suma utilidad para la posterior discusión y elaboración clínica de lo acontecido.

Acerca de los dispositivos grupales y lectura de una experiencia, recortes de significantes

En cuanto al grupo de admisión, la propuesta consistía en presenciar el proceso en su totalidad: tres encuentros consecutivos. En general nos turnábamos secuencialmente con los concurrentes para participar de un grupo de admisión distinto.

Pocos fueron los participantes que mantuvieron una asistencia a la totalidad de los encuentros, sin embargo, mayoritariamente, los demás asistieron a más de uno. Las presentaciones de los posibles pacientes eran disímiles, tanto en lo que refiere al consumo y sus características, la sintomatología que ostentaban, las historias de vida y sus particularidades, así como la extracción social de la que procedían sus participantes. Era regular un historial de policonsumos y cierta ruptura con lazos sociales familiares como aquellos más amplios, en general, marcando un fuerte padecimiento por ello y cierto motor, en ocasiones, para el inicio de un tratamiento.

Al inicio del grupo, en el primer encuentro, cada quien realizaba una “carta de presentación”, cercana al motivo de consulta y a su historial de consumo; cuando se le preguntaba porque había acudido al centro se acercaba a una especie de monólogo por momentos hasta que se lo interrumpía con preguntas, en general direccionadas a realizar una anamnesis y ubicar coordenadas acerca de su posición subjetiva y sobre la función del tóxico. Salvo alguna excepción, en general respondían las preguntas sin reticencia, quizás con algo de cautela, y en partes, con algunos temas y en otros, con congoja. Luego, en las siguientes entrevistas, se continuaba con la misma dinámica tratando de ir por los espacios en blanco que habían quedado hasta el momento y con el seguimiento de cada participante en

estos lapsos, así como se ponía a prueba la probable capacidad de agrupamiento entre ellos, extrayendo esto operativamente a partir de las interacciones que iban surgiendo: desde preguntas entre ellos, recapitular planteos del otro, cuestiones que hayan resonado y/o generado alguna interpelación, azuzando una reacción o intercambio espontáneo, entre otros. Respecto a esto, fue notorio como la grupalidad en el caso de una paciente que, ya habiendo transitado por tratamiento psicológico dentro del servicio, era caracterizada con rasgos de rigidez y reacción, al escuchar ciertos planteos de otro miembro, se interroga sobre su posición en un asunto similar que le concernía.

A partir de ello, se realizaba una decisión desde el equipo respecto a la admisión en los distintos dispositivos o una derivación a otro efector, con el bagaje de las discusiones de cada encuentro y una final, teniendo en cuenta lo observado y registrado, tanto en apuntes como en el cuaderno de admisiones.

Respecto al grupo terapéutico, se organizó de igual modo, pero con una duración de dos meses. Siendo semanal la frecuencia de los encuentros; por razones de coyuntura y cotidianeidad, no se realizaron todas las semanas y quien escribe no asistió a todos ellos.

En primer lugar, es menester resaltar las características del dispositivo, las que difieren en general de aquellos planteados para el tratamiento de adicciones. En términos generales, la gran parte de los dispositivos grupales que abordan las problemáticas de adicciones se circunscriben a prácticas y saberes guiadas por ideales que se proponen la abstinencia a partir de modelos o normas de conducta, tanto desde las comunidades terapéuticas y/o religiosas como aquellas que se rigen por la autoatención, tales así son Alcohólicos Anónimos (AA) o Narcóticos Anónimos (NA) (Pawlowicz, M.P., et al, 2013, p. 169-188); muchas de ellas realizadas en contexto de encierro por internaciones. Así como lo plantea Eric Laurent (2008) se trata de dispositivos que ordenan y centran su terapéutica a partir del objeto o a partir del saber. Mientras tanto, desde el servicio de alcoholismo, aun sin excluir estas prácticas cuando sean requeridas, se planteó como un dispositivo que apuesta al sujeto, desplegado, en este caso, en lo que es un grupo, sacando el foco del objeto y poniéndolo en el sujeto y su relación con el tóxico.

Esto era observado también en la dinámica grupal entre la coordinación y sus miembros, en ningún momento se planteó, en lo que duró el lapso de observación y en lo sostenido como horizonte desde la coordinación, una postura de abstinencia ni una prescripción de normas conductuales. Lo que surgía como interacción entre las partes eran preguntas, señalamientos, subrayados, recapitulaciones, interpretaciones, entre otros, acerca de los intercambios discursivos en el grupo. Sin embargo, curiosamente, pero no sin razón, dentro del grupo, emergidos por el historial de distintos miembros, surgían enunciados abstencionistas, así como disputas respecto a significantes que para algunos llegaban a ser una especie de esencia o identificación que sostenía su ser y devenir, mientras que para otros se trataba de algo que los encasillaba y desvalorizaba: el “alcohólico” o “borracho”.

Asimismo, respecto a los significantes, acontecía que ciertos de estos tenían una resonancia tal entre los miembros que movilizaban la circulación de angustia, en ocasiones, de manera acuciante, generando distintos tipos de respuestas, desde la reacción, la empatía, la huida de la escena -tal como se narró en el escrito de F. Grandinetti y C. Carné (2022)-, entre otras, que movilizaban el trabajo grupal. Era notorio como ciertos tópicos disparaban el inmediato intercambio, siendo fluido y sentido, o el impacto afectivo, alineando o contrastándolo en cada quien, con su vivencia (distinguiendo esto a partir de los cuerpos en juego, el discurso corporal, las afectaciones manifestadas en las miradas, las posturas, los gestos, expresiones faciales), como si se tratara de la asociación libre pero entre sujetos -sobre todo aquellos que tenían con la violencia en general y cómo se respondió ante ella, por parte del sujeto y de los Otros-; manifestando, así, un trabajo de elaboración a partir de una resonancia fantasmática (Anzieu, D., 1978) como base, o a partir de lo que Pichón-Rivière (1972) conceptualizaba como mutua representación interna de los miembros, algo del “nosotros” funcionando o la ilusión grupal.

Lo que se había hecho regular como emergente en la interacción grupal fue la interpelación que le generaba a cada quien el límite que venía desde el Otro, el “no” del Otro, las afectaciones que este generaba y cómo estas se elaboraban. Asimismo, ello conllevaba elaboración de recuerdos penosos para los miembros que funcionaban a modo de explicación respecto de este rechazo del Otro, apareciendo el significante “borracho” como articulador. Por momentos, la circulación e intercambio de enunciados al respecto generaba un ambiente pesado, la gravitación

alrededor del dolor devenido o emergido tendía a generar un clima símil al que propicia el discurso que adviene a partir de una posición melancólica. En ocasiones, la crudeza que se desprendía, como sentido, en esta articulación significativa manifestaba entre algunos participantes una especie de teatro del mundo que se empotraba como saber cristalizado, parroquial, difícil de corroer; estas escenas impactaban tanto en los participantes como en la coordinación, siendo, al menos para el observador, movilizador de angustia, o ansiedades para la clave kleiniana, y así, fragmentador del yo, como planteaba Anzieu (1978). Podría pensarse como una pérdida de ilusión o del velo frente al objeto, lo que también instaba a hipotetizar cierto armado subjetivo desde ese rol para los miembros del grupo.

Reflexiones finales

Desde lo desarrollado a partir de la observación podría plantearse que las particularidades de la clínica de la toxicomanía y el alcoholismo desplegadas en un grupo configuran una trama compleja, atravesada por diferentes discursos y problemáticas. En primer lugar, las particularidades del dispositivo propician un funcionamiento distinto al habitual en el ámbito; así también, la colisión entre posiciones debido al atravesamiento de discursos que cada quien trae. Luego, esto conlleva una dinámica particular, azuzada por el enjambre significativo subjetivo embebido por esta clínica y la tipificación que podría plantearse, con sus avatares “crudos”. Sin embargo, la emergencia de posiciones divergentes interrogaba a las cristalizadas en ciertos significantes, propiciando el trabajo a partir de la diferencia.

La posición no participante de la observación implicaba cierta resistencia, o aguante, a los ataques al narcisismo que provocaban los relatos, ya que la definición del rol lo establece; implicaba trabajar la abstinencia y neutralidad, siendo, quizás, -la observación- un buen ejercicio. La angustia desprendida debía maniobrase de alguna manera para no interrumpir el trabajo, de ambas partes. Como suele plantearse, la escritura podía funcionar de abreacción.

Bibliografía

- Antonietti, M. (2008) Operación del farmacón y montaje toxicómano.
En línea: <http://antonietti.com.ar/> y
<http://antonietti.com.ar/imgs/archivos/imgs/archivos/Capitulo%20segundo.pdf>

- Anzieu, D. (1978) El grupo y el inconsciente. Ediciones Biblioteca Nueva, 1978.
- Carné, C., Grandinetti, F. (2022) Un puente como eso que sucede antes de llegar. En Escrituras polifónicas en Salud Mental, Revista desde el Centro N°16. Edición: Renata Cermelo y Laura Pico. Comité de Docencia e Investigación del Centro de Salud Mental N°3 "Dr. Arturo Ameghino". Ciudad Autónoma de Buenos Aires: 2022.
- Freud, S. (1905) Fragmento de análisis de un caso de histeria. En Obras completas. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu editores. 2002.
- Freud, S. (1909) A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El Hombre de las Ratas). En J. Strachey (Comp.). Sigmund Freud. Obras completas. Volumen X (pp. 119-194). Buenos Aires: Amorrortu editores. 2002.
- Freud, S. (1920). "Más allá del principio del placer" en Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 2002.
- Grandinetti, F. (2021) Consumo problemático de alcohol. Abordaje clínico y dispositivos de tratamiento grupal. En Diversidad de lo grupal en el hospital público. Carlos Pachuk y Mabel Anido comp. Buenos Aires, Lugar editorial: 2021.
- Jasiner, C.; Grassetti, N; Jassiner, G. (1986): Formación del observador. Ediciones cinco. Buenos Aires.
- Laurent, E. (2008) El objeto como pivote de la experiencia analítica. En Lo inclasificable de las toxicomanías. Respuestas del psicoanálisis. Departamento de estudios sobre Toxicomanías y alcoholismo. CICBA. Ediciones Grama. Seria TyA. Buenos Aires.
- Le Poulichet, S. (1996) Toxicomanías y psicoanálisis. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- López, H. (2021) Las adicciones tóxicas. Clínica de los recursos del sujeto. Mar del Plata, EUDEM, 2021.
- Naparstek, F. (2010) Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo I, II y III. Buenos Aires. Grama ediciones. 2010.
- Lukemann, N. (1991) ¿Cómo se pueden observar las estructuras latentes?. En El ojo observador. Contribuciones al constructivismo. Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.). Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A, 1995.

- Pawlowicz, María Pía, Galante, Araceli, Goltzman, Paula, Rossi, Diana, Cymerman, Pablo y Touze, Graciela (2013). Dispositivos de atención para usuarios de Drogas: Heterogeneidad y nudos problemáticos. En *Panorámicas de Salud Mental: a un año de la Sanción de la Ley Nacional no 26.657*. (Argentina): Eudeba.
- Pichón-Rivière, E. (1969) Breve guía para el aprendizaje del rol de observador de grupos. En Obra completa. Del psicoanálisis a la psicología social, Tomo V (1967-1977). Editorial Paidós. Buenos Aires: 2023.
- Pichón-Rivière, E. (1972) El Proceso Grupal. Del psicoanálisis a la psicología social. Ed. Nueva Visión. 1989.
- Ravenna Selvatici, M. (2019) Espacios de producción de subjetividad en los grupos homogéneos. Buenos Aires. XXX Jornada Anua de la AAP.